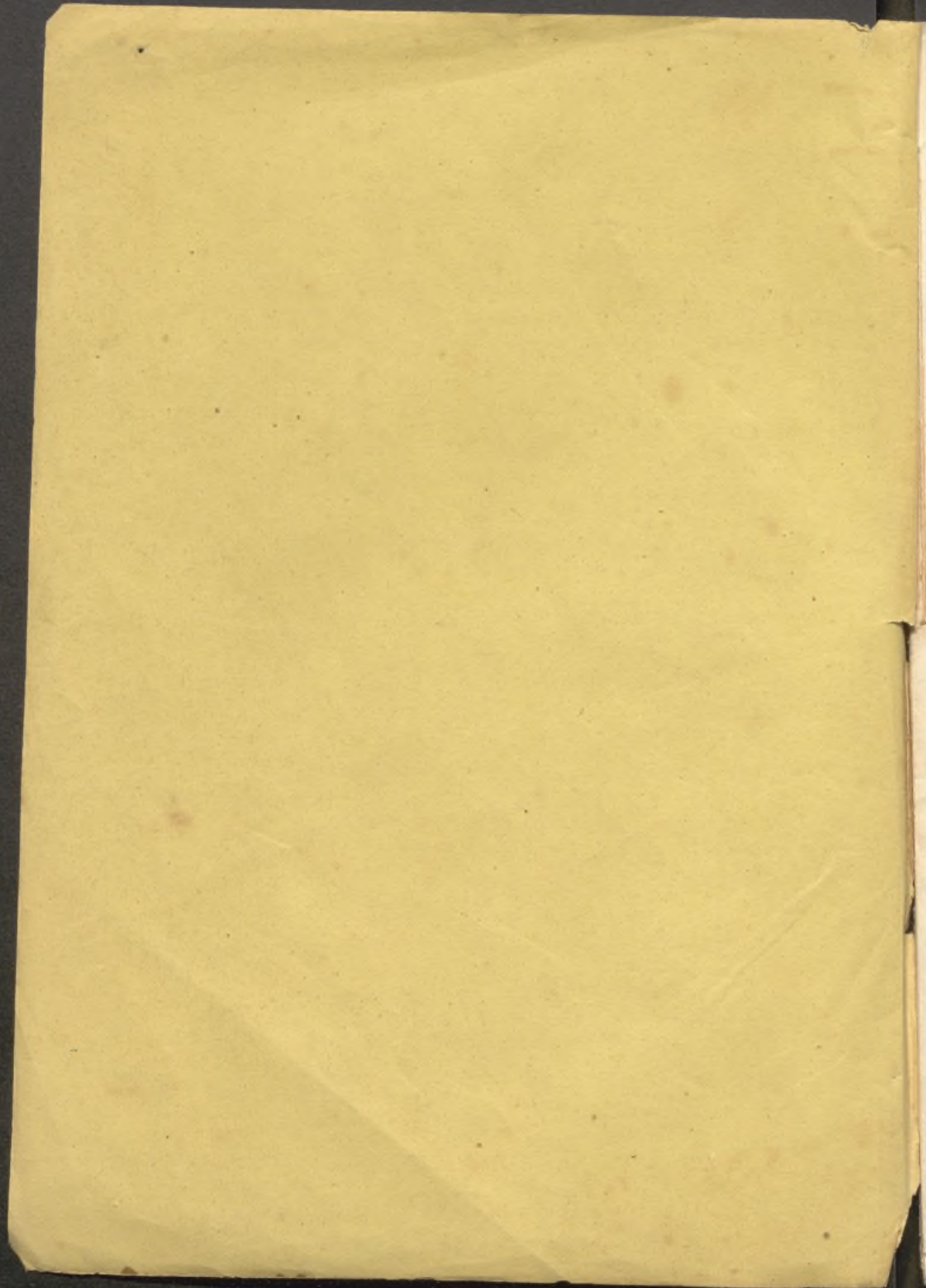


195

(F)

S



BREVE RESEÑA

de las solemnes exequias celebradas el día 13 de noviembre de 1851, en la iglesia de San Francisco de Asis de la ciudad de Palma, capital de las Baleares, para descanso de las almas de los que sucumbieron defendiendo la isla de Cuba en el mes de agosto anterior; y

ORACION FÚNEBRE

QUE EN DICHA FUNCION

PRONUNCIÓ

D. Tomas Berga, Pro.,

dominico exclaustroado, y catedrático de teología dogmática en el seminario conciliar de san Pedro de esta diócesi.



PALMA.—1851.

IMPRESA BALEAR, Á CARGO DE P. J. UMBERT,
calle de san Francisco, número 50.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION
455 N. 5TH ST. N.Y.C.

REPORT OF THE

COMMISSIONERS

OF THE BOARD OF ALCOHOLIC BEVERAGES

FOR THE YEAR ENDING DECEMBER 31, 1911

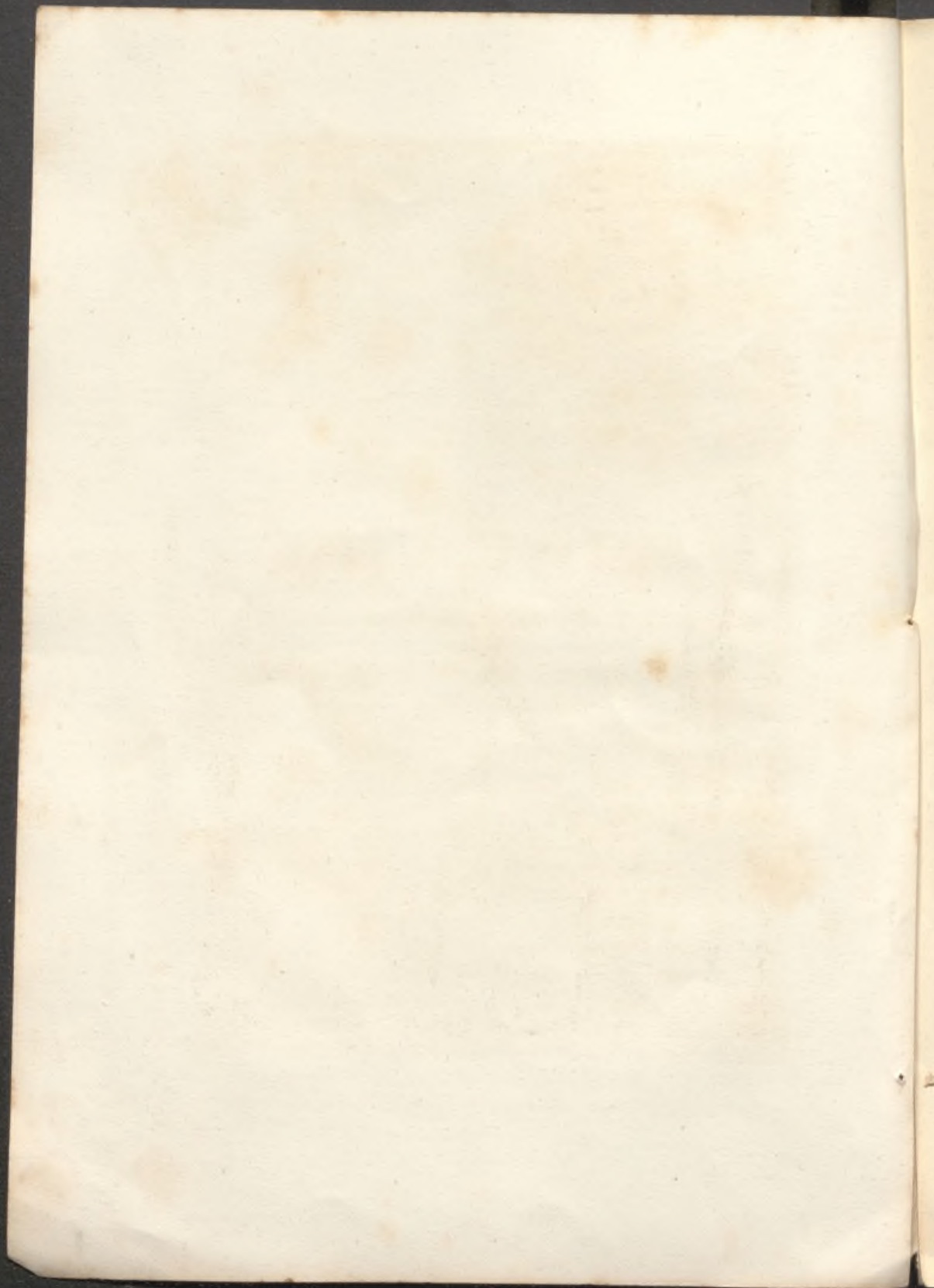
1912-1911

ALBANY: J.B. LIPPINCOTT COMPANY, 1912.



IGLESIA DE S. FRANCISCO

en las exequias para los que perecieron en defensa de Cuba.



Para dar una idea exacta de las exequias celebradas el día 13 de noviembre de 1851 en la iglesia de San Francisco de Asis de esta capital, para descanso de las almas de los que perecieron defendiendo la isla de Cuba, se ha creído conveniente trasladar la reseña que trazó de dicha función el periódico El Balear, concebida en los términos siguientes:

HONRAS FÚNEBRES

À LOS QUE SUCUMBIERON

DEFENDIENDO LA ISLA DE CUBA.

La isla de Mallorca ligada á la opulenta Cuba con los estrechos vínculos que crea y anuda una comunidad de intereses respetables, no ha podido mirar sin estremecerse los peligros á que la expusieran de algun tiempo á esta parte la ambicion bastarda de un escaso número de hijos espúreos, y la rapacidad de extraños aventureros, ávidos de encontrar en los frutos del saqueo lo que no han sabido ni querido conquistar honradamente por medio del trabajo; y si bien sus criminales tentativas no han podido causar temores sobre la suerte futura de aquella rica Antilla, han sido bastantes sin embargo para infundir la zozobra y para mirar como proximamente posible la paralización de muchos ramos de nuestra indus-

tria, de nuestra principal navegacion, de nuestro mas importante comercio.

Tales eran los temores que abrigabamos los mallorquines por las noticias recibidas del desembarco verificado en las inmediaciones de Bahía-honda, cuando el triunfo de los leales y esforzados defensores de Cuba vino á llenar de júbilo nuestro pecho y á ofrecernos nuevas garantías sobre la suerte de nuestras industrias comercial y fabril. Habiase alcanzado empero la victoria á costa de sangre preciosa: habia sucumbido el noble y esforzado general don MANUEL DE ENNA, y con él otros valientes del ejército de Cuba; y un sentimiento de piadosa gratitud inspiró al comercio de Palma la acertada idea de tributar á las ilustres víctimas, gloriosamente inmoladas, unas honras fúnebres dignas de quienes habian sabido sacrificar sus vidas en las aras de la patria. El pensamiento fue perfectamente acogido: personas de las demas clases se asociaron al comercio para contribuir á su realizacion, y una comision nombrada al efecto emprendió con actividad los trabajos convenientes.

El dia 13 del actual tuvo lugar la fúnebre ceremonia en la iglesia de san Francisco de Asis. Véase este espacioso templo magníficamente decorado con gusto y propiedad: el altar mayor y las dos capillas laterales estaban cubiertas de bayeta negra, guarnecida de ancha franja de oro: desde la altura de setenta pies pendia en el centro un pabellon, cuya anchura no era menor de cuarenta, suspendido en ambos costados por lazos formados con gruesos cordones de oro y borlas del mismo metal, terminando en una curva que pasando por encima y á corta distancia de la mesa del altar, descubria la franja de oro de que tambien estaba guarnecida. El pavimento y la escalinata del presbiterio, como igualmente una gran parte del piso de la iglesia estaban alfombradas de negro, y el frente de la grada superior del mismo presbiterio se hallaba completamente cubierto con una franja de oro. Una cruz blanca de diez pies de elevacion, conveniente-

mente colocada en el fondo del pabellon y una lámpara sepulcral que delante de ella ardía daban al altar mayor un aspecto grave y respetuoso.

En ambos lados del presbiterio y en línea recta de su escalinata se hallaban colocados sobre anchos zócalos dos grandes y elegantes grupos, representando el uno la Victoria orlando la frente de un guerrero en el acto de embainar la espada, y el otro la España coronando las cenizas de las víctimas, colocadas en una urna sostenida por Cuba, y señalando con el cetro el camino del cielo. En los pedestales de estos grupos se ostentaban trofeos militares, que realizaban la correcta ejecución de las figuras, debida al pincel del laborioso y entendido artista D. Gabriel Reinés, y en su fondo se leían las siguientes inscripciones.

En el primer grupo.

AL VALOR INVICTO CON LAUROS CORONA
¡GUERREROS DE CUBA! GLORIOSA VICTORIA.
MALLORCA OS BENDICE: LA FAMA OS PREGONA:
HONOR EN LA TIERRA, DESCANSO EN LA GLORIA.

En el segundo grupo.

LOS RESTOS RECOGE LA PATRIA LLOROSA
DEL HÉROE QUE EN CUBA VENCIENTO MURIÓ;
Y EL CIELO MOSTRANDO RECUERDA PIADOSA
LA GLORIA MAS PURA QUE EN LA LID BUSCÓ.

Unos cenotáfios de elegante forma con sus correspondientes flameros alternaban con otros que en lugar de este adorno sostenían trofeos militares: las capillas estaban colgadas de negro en su parte exterior y adornadas con pabellones franjados de oro.

Un esbelto obelisco de mas de sesenta pies de altura decoraba el centro de la iglesia. Sobre su zócalo se veían ocupando los cuatro frentes del pedestal cuatro grandes estatuas sentadas, simbolizando la España, Cuba, la Habana y Mallorca, llorando la muerte de los valientes que

sucumbieron defendiendo aquella leal colonia: en los cuatro lados del basamento se leían, orlados con una corona de laurel, los nombres de las Pozas, el Rosario, la Candelaria y la Carambola, sitio donde fue herido el bizarro general Enna. En los cuatro ángulos del obelisco, se hallaban pendientes de la bóveda del templo, separadas, y á una conveniente altura, cuatro lámparas sepulcrales con gruesos mecheros, que producian un efecto excelente: cajas de guerra, fusiles, sables, banderas y cuatro piezas de artillería de montaña formando trofeos militares, completaban aquel bien coordinado conjunto de objetos, cuyo buen aspecto era realizado por la luz de las muchas antorchas de cera del obelisco y del altar mayor.

Cantóse con inteligencia y perfeccion el magnífico *Requiem* de Mozart por sesenta voces, acompañadas por una orquesta de mas de sesenta instrumentos, que ejecutó además una marcha fúnebre, compuesta expresamente por el inteligente profesor D. José Flores.

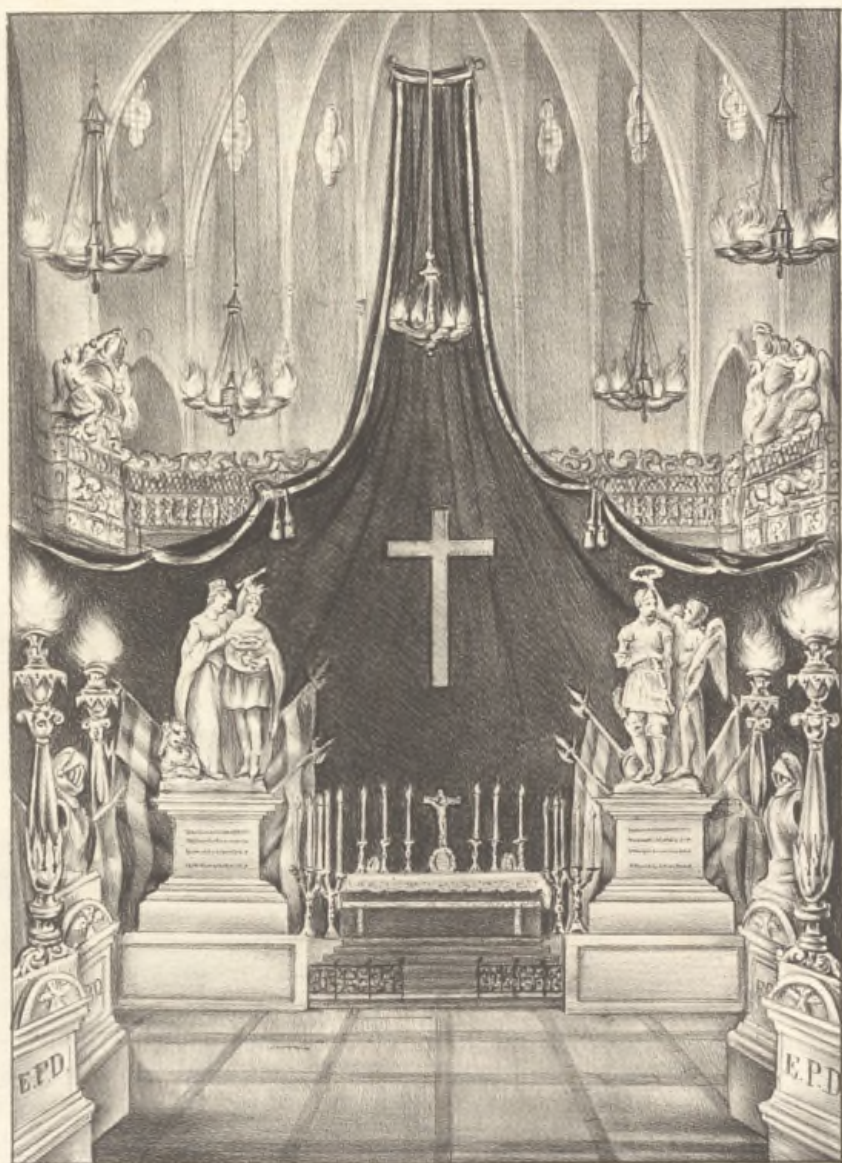
Ofició el Sr. D. Guillermo Dezcallar, y le sirvió de diácono el Sr. D. Bernardo Galmes, canónigos ambos de esta santa Iglesia.

Pronunció la oracion fúnebre D. Tomas Berga, Pro., dominico exclaustro.

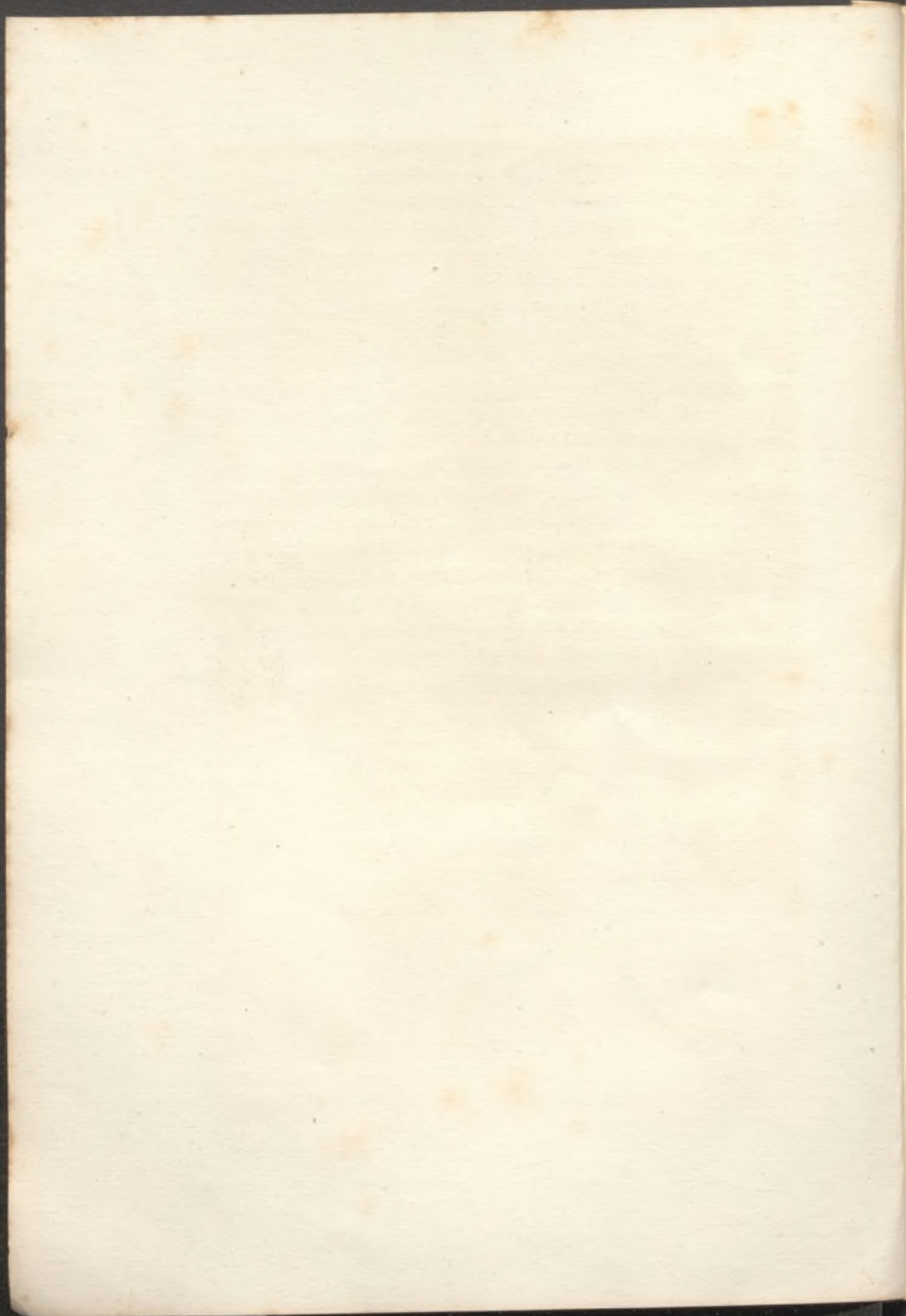
Presidió el duelo el Exmo. Señor mariscal de campo D. Pedro María de Pastors, capitán general interino de estas islas, que á este concepto reunia la oportuna circunstancia de ser tío político del malogrado general Enna.

En la plaza contigua á la iglesia permanecieron formadas durante las exequias cuatro compañías de preferencia del regimiento de Isabel II.

La concurrencia fue numerosísima y escogida: la funcion fue en nuestro concepto una de las mas brillantes y lujosas que ha presenciado Mallorca de muchos años á esta parte. Felicitamos por su acierto y buen gusto á la comision directiva, y con ella á cuantos han cooperado á la ejecucion de un acto que honra á nuestro pais, y que será recordado en él con satisfaccion por largo tiempo.



ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DE S. FRANCISCO
en las exequias para los que perecieron en defensa de Cuba.



Ceciderunt vulnerati multi..... et Judas cecidit..... et flevit eum omnis populus Israel planctu magno.

Se lee en el cap. IX del lib. 1.º de los Macabeos.

Exmo. Señor:

CUANDO la dilatada serie de los siglos no ofreciera á cada paso argumentos incontestables, que comprueban hasta el último grado de evidencia el cuidado especialísimo, que han merecido siempre á la Providencia divina los intereses del hombre intimamente relacionados con los de la sociedad, el tierno y sorprendente objeto, que ha motivado el que los moradores de la Capital de la primera de las Baleares, aunando sus votos y sintiendo una emoción simpática, se reunieran en este día en el templo santo para tributar al Señor el justo homenaje de su corazón, sería una voz elocuente que llamaría la atención universal hácia la infalibilidad del sagrado oráculo: «no dormita, ni dormirá jamás el que guarda á Israel». La notoriedad del hecho, á que aludo, me releva de insistir en esta persuasión. ¿Qué otra cosa puede exclamar el pio y religioso español, al considerar el modo verdaderamente maravilloso, con que Dios ha hecho abortar los planes de una horda de mal aconsejados, que pretendían arrebatararnos la más preciosa de las Antillas, posesión y pertenencia

nuestra por cuantos títulos darse pueden todos legítimos é indisputables? ¿Qué otra cosa, al advertir las vivas llamaradas de fuego patrio, que cual chispa eléctrica prendió instantaneamente en todos los corazones de los Cubanos, y que formando de todos ellos un solo hombre, les inspiró un solo pensamiento, el de contribuir por cuantos medios estuvieran á su alcance al exterminio de los injustos invasores, que á impulsos de la pura violencia, sin ley, sin título, sin sentimiento alguno de humanidad, intentaban nada menos que despojar la corona de la Reina de las Españas de uno de los mas bellos florones que la enaltecen y esmaltan? ¿Qué otra cosa, en fin y principalmente, al traer á la memoria la energía y el talento con que se condujo la primera autoridad de Cuba, el valor y la intrepidez que desplegaron todos los gefes y oficiales, y el ardor y bizarría de nuestros soldados, á cuyo admirable conjunto debióse el término preciso y perentorio, que ha tenido esta invasion inaudita? No hay que dudarlo, Señores. Exclamar debe el verdadero español, que mantiene en su pecho el ardor, que inspira la Religion y el patriotismo: «el Señor ha hecho esto y es admirable á nuestros ojos; el Dios de Sabaoth está con nosotros á manera de esforzado guerrero, no temeremos la multitud de gente que nos rodea; no dormita, ni dormirá jamas el que guarda á Israel».

Pero Señores: si son tantas y tan visibles las muestras con que nos ha favorecido el Dios de bondad; si tantos y tan relevantes son los títulos que tiene el Señor á nuestro agradecimiento; y si con tan poderoso motivo acudimos al lugar santo; ¿á qué esta reunion de objetos lúgubres, que excitan al dolor y á las lagrimas? ¿A qué estas colgaduras de luto, que con su color sombrío cubren las dilatadas paredes de este espacioso templo? ¿A qué estos intercalados emblemas, que entre los que anuncian vida lozana y magestuosa tan vivamente pintan á nuestra imaginacion la idea de la muerte? ¡Ah Señores míos! Muchos serán quizas los que no habrán advertido la íntima conexion, que tienen entre sí cosas tan opuestas en la apariencia. El Señor, dueño de la vida y de la muerte, acaba de dispensar á España un favor muy singular; pero este

favor no ha sido otorgado sino á costa de un sacrificio que ha exigido de ella: y á la victima de este sacrificio se consagran estos honores fúnebres. Lo diré, Señores, con breves palabras, que abarcan el acontecimiento en toda su extension. Fueron exterminados los enemigos de la Patria; al rugido del leon de España huyeron despavoridos sin que se pudiera salvar ni uno, teniendo que pasar por la alternativa, ó de entregarse en brazos de la muerte, ó de apelar á los sentimientos de generosidad que siempre le han distinguido; pero esto no fué sin ocasionar la desgracia á una porcion de valientes, y lo que es mas, sin que tengamos que lamentar la perdida de uno de nuestros generales mas esforzados, del Exmo. Sr. D. MA-
NUEL DE ENNA segundo cabo de la isla de Cuba. He aqui el motivo de amargura, que cual pesadilla cruel acibara la satisfaccion de toda la Monarquia española, que de otra manera es bien seguro que seria la mas cumplida, y que menguada por lo mismo requiere todo el valor del cristiano, ó sea la consideracion de que Dios, solo á ese título, nos ha querido otorgar tanta dicha, para no profesar un odio eterno á los causadores de tanto mal. Mallorca, á la cual cupo el honor de tener en su seno por espacio de dos años al malogrado caudillo, en cuyo tiempo admiró su religiosidad, su pundonor, su brio, su pericia militar, sus finas maneras, todas las prendas que adornan al mas cumplido caballero; Mallorca, que cuenta en las colonias á tantos hijos suyos, que ejercen todas las profesiones, no siendo pocos los que siguen la carrera de las armas por tierra y por mar, por cuyo motivo se puede sospechar con fundamento si alguno habrá sucumbido tambien; Mallorca, en fin, que tiene con la Habana tantas relaciones comerciales, que bien se puede asegurar que ellas constituyen una parte integral de su riqueza y bienandanza; ¿podia mantenerse apática é indiferente á un acontecimiento, que tan variadas sensaciones de placer y de dolor, y una y otra en el grado mas eminente, ha causado en todos los dominios de España?

No: no lo han entendido asi los Señores Comerciantes y Hacendados de esta capital, y creyendo fundadamente que estos eran los deseos de todos sus habitantes, resolvieron manifestar

pública y solemnemente el grande interes que una isla inspira á otra isla, consagrando estos honores, que la Religion prescribe, á los que á costa de su misma vida dieron cima á una empresa, que quedará grabada en la memoria de la presente y futuras generaciones con el sello augusto, que acompaña siempre á la verdadera gloria y acrisolado patriotismo. Cuan acertado haya sido el pensamiento lo patentiza esta lucidísima concurrencia, en la que figuran autoridades, individuos de todas las corporaciones militares, civiles y eclesiásticas, de todos los estados, clases y categorías, por manera que el proyecto ha pasado á ser en su realizacion una funcion patria, digna del alto Dios á quien se tributa, del Heroe y valientes á cuyo sufragio se consagra, de los intereses augustos en los cuales se funda. Una sola cosa contrasta con tanta magnificencia, la eleccion del orador para esta solemnidad religiosa. Lo hice presente, Señores, á la muy digna comision que me confió el encargo; acusé mi conviccion profunda de que estoy muy lejos de tener la táctica sorprendedora, que marca el caracter de la elocuencia en una ocasion tan solemne; y tan solo á la mas vigorosa insistencia cedí, no sin hacer mérito de que contaba con el disimulo, que tan bien sabe anidarse en pechos nobles y tanta acogida tiene en personas de penetracion vasta, y que altamente reclaman mi insuficiencia, mis ocupaciones diarias, y tantas otras circunstancias que pudiera aducir á mi favor. Le reclamo nuevamente, Señores; y en esta suposicion paso á demostraros que el Ilte. General y demas, que recientemente pelearon con denuedo y sucumbieron con gloria, en defensa de los derechos á todas luces garantidos por las leyes, la razon y la mas estricta justicia, son acreedores á toda nuestra gratitud, porque en ellos tenemos que admirar lo que puede el mas acendrado patriotismo; porque su circunstanciada muerte es digna de ser llorada por todo el que se precia de verdadero español; y porque nosotros somos los que con mayor ventaja reportamos el fruto de su triunfo, que nos ganaron á costa de su misma vida. La idea me la suministra lo que se lee en el cap. IX del primer libro de los Macabeos: «Muchos cayeron heridos... Judas murió tambien... y le lloró todo el pueblo de Israel con

gran duelo.» Lo propio cumple á todos decir y hacer, cuando al recordar el pueblo de las Pozas y los sitios de la Carambola, la Candelaria y el Rosario en la isla de Cuba, donde acaeci6 la catástrofe, asalte á nuestra mente la idea que nos haga prorumpir en estas expresiones: aquí murieron gloriosamente los esclarecidos defensores de la Patria; aquí el plomo vil, traidor y desleal atentó contra la existencia del Exmo. Sr. D. MANUEL DE ENNA Caballero gran Cruz de la insigne Orden de Cárlos III, y Teniente General de los ejércitos nacionales; toda España sintió vivamente su desgracia. Es el argumento de mi discurso. Entro ya en su desarrollo y ampliacion.

Entiendo por patriotismo una virtud sublime, que teniendo su origen en la naturaleza misma, la razon la persuade con eficacia, y la Religion la consagra solemnemente. El grito de la naturaleza expresa nada menos, que el hombre abandona el decoro, desde el momento que deja de estar pronto á derramar su sangre por su Príncipe y sus conciudadanos; la razon le representa la Patria como una madre tierna y compasiva, á la cual se debe sin reserva alguna; y la Religion le recomienda el sacrificio hasta de su misma vida, toda vez que se atraviese el peligro de la conservacion del reino identificado con el bien comun. Todo esto deriva, Señores, de que la Providencia divina dispuso, que el estado natural del hombre fuese el social; y como en toda sociedad bien organizada el orden es esencial, este orden exige que á la manera que los miembros humanos trabajan para el bien del cuerpo, los miembros de la sociedad consagren sus talentos, sus fuerzas, sus sudores..... cuanto les pertenece, al bien de la Patria. No hay que detenernos en lo que sucedería si estas condiciones dejaran de observarse; la mas espantosa anarquía extendería por todas partes el horror y la confusion. No así, cuando todos los ciudadanos procuran llenar sus deberes para con la sociedad; la union de sus mútuos esfuerzos produce la abundancia y la paz, elementos indispensables para el sosten de una nacion en el grado de esplendor y pujanza de que es susceptible. Examínese el punto con alguna detencion,

en ello se convendrá fácilmente, puesto que se descubrirá muy luego, que en esta union de esfuerzos radican las negociaciones, las obras de toda especie que han engrandecido y perfeccionado los imperios; los escritos de todo género que han desembrollado el caos de la filosofía, embellecido las ciencias y las artes, y extendido el reino del cristianismo y con él la civilizacion y la cultura; las hazañas militares que han restablecido el comercio, asegurado la paz, y perpetuado el valor y entusiasmo. Yo me limito á señalar la regla compendiada, que la misma naturaleza, la razon, y la Religion nos prescriben, á saber, que debemos amar á todos los hombres y con preferencia á nuestros conciudadanos, dar expresivas gracias á la Providencia del tiempo y lugar en que para bien nuestro nos hizo nacer, respetar las diferentes maneras con que las demas naciones se gobiernan, y entregarnos enteros y sin reserva al servicio de nuestra Patria, consagrándola en caso necesario hasta el sacrificio de nuestra misma existencia. Es lo que abraza el verdadero patriotismo.

Por mas difícil que esto parezca y quizá lo sea en la realidad, no han faltado en todos tiempos quienes han manifestado á la faz de todo el mundo lo mucho que estaba empapado su espíritu con toda la perfeccion, que reside en esta virtud magnánima. Yo pudiera citaros á infinitos heroes, que por este motivo ocupan un lugar muy distinguido en la historia profana y en los libros santos. Pudiera deciros, que por punto general aquellos hombres en quienes ardia mas vivamente la llama de la fe y de la Religion, comunicándoles una intrepidez y un valor á toda prueba, han ostentado mas pura la virtud del patriotismo; lo que ha reconocido posteriormente hasta el mismo Voltaire, asegurando que un ejército de cristianos era completamente invencible. Pudiera á lo menos hacer mérito de un Mauricio al frente de la legion Tebéa, de uno y otro Fernando de España, de los Luises de Francia, de un Enrique de Alemania, de un Eduardo de Inglaterra, de un Esteban de Hungría, en quienes nada hubieran tenido que desear los Judas, los Matatias, los Eleazaros y tantos otros denodados atletas de la antigua ley, que se llenaron de honor y gloria inmarcescible

peleando vigorosamente por su Religion y por su Patria. Pero no: para nada necesito acudir á tiempos remotos, ni fijar la vista sobre las naciones extranjeras. En nuestra misma nacion, en nuestra católica é idolatrada España tenemos cuanto desear se puede para advertir el último grado de heroicidad, á que puede llegar el hombre conducido en alas del patriotismo hácia la region inmortal. No espereis de mí, que vaya recorriendo el interminable catálogo de generosos guerreros entre nuestros padres, que con tan noble fin quedaron sepultados en sus propios triunfos. Cuando os acusara mil nombres ilustres, quedarían sin mentar otros mil, á los cuales acompañan titulos los mas brillantes, á cuya vista quedaría enteramente injustificada la omision. Diré sí, que ni las gracias de la juventud, ni la perspectiva de las riquezas, ni los honores mas distinguidos pudieron jamas ser parte á ablandar su corazon brioso; se presentaron impavidos ante las espantosas bocas que vomitan el mortífero fuego, y sus cuerpos exhalando la ceniza y el humo vinieron á ser el germen fecundo de esta gloriosa inmortalidad, que subsiste en nuestras historias y forma los ilustres timbres y blasones de nuestras grandes familias. Diré, que el español puede exclamar con orgullo nacional á la faz del universo, que él es el sucesor de una multitud innumerable de valientes capitanes y generosos soldados, cuyos ejemplos nos invitan de la manera mas poderosa á sacrificarnos sin reserva por la felicidad del estado, puesto que por todas partes tropezamos con trofeos é inscripciones, otras tantas pruebas irrefragables de amor al bien público, de que ellos estaban poseidos. Diré por último, que la generacion actual, lejos de rebajarse un punto de esta prodigiosa altura, ha recibido en hereditaria sucesion estas eminentes cualidades, por manera que no pueden contemplarse con imparcialidad nuestros actuales militares sin reconocer en ellos la escuela en donde se han formado.

¡Ojala lo hubieran tenido presente los que desde extranjera playa soñaron en mancillar impunemente nuestro honor y nuestros derechos! A buen seguro, que no tendríamos que lamentar la desgracia que aflige nuestro corazon; pero tambien es

muy cierto, que faltaria esta página distinguida en la historia, que será leida con avidez por todos los verdaderos amantes de la Patria en la série de los venideros siglos. ¡Ah! Ellos se engañaron en sus pensamientos. Ellos se figuraron que iban á haberselas, como en Tejas, con españoles degenerados, no con españoles de pura raza, que lejos de sobrecogerse ante el peligro, cuando les habla la voz del pundonor, les sirve de estímulo, y allá se arrojan donde mas pronto pueden encontrar ó la muerte, ó la corona del triunfo. Ellos no tuvieron en cuenta que les aguardaba el Exmo. Sr. D. José de la Concha dignísimo Gobernador y Capitan General de la isla de Cuba; gefe entendido y sumamente diestro en el arte de hacer la guerra, como lo manifiesta el acertado desempeño de su mando; militar esforzado á toda prueba, como lo acredita su valor nunca desmentido en cien batallas; español, en fin, pundonoroso en quien echó altas raíces el espíritu de nacionalidad y patriotismo, como lo demuestra la larga serie de actos gloriosos de que está sembrada su vida. Ellos no pararon su atencion á que estaba de General segundo cabo de la isla el Exmo. Sr. D. MANUEL DE ENNA, á quien se daría el mando de las tropas destinadas á su persecucion, y que al frente de ellas añadiría un título mas, y por cierto inmarcescible, á los cuarenta y un títulos, que tiene adquiridos á la admiracion de sus compatriotas, en otras tantas acciones de guerra, en las cuales peleó denodadamente. Ellos no consideraron, que acompañarian al jóven General en su gloriosa expedicion un marino tan experimentado y valiente como el Exmo. Sr. D. José de Bustillos Comandante General del Apostadero, unos gefes tan inteligentes y recomendables como el Brigadier Rosales, los coroneles Elizalde y Morales de la Rada y tantos otros distinguidos oficiales, unos soldados tan aguerridos como los que estaban de guarnicion en la isla, á cuyos mutuos esfuerzos era del todo consiguiente quedaria intacto y sin la menor mancilla el pabellon español. Ellos... á nada absolutamente atendieron, y en su insensatez se lanzan á un malhadado vapor llamado *Pampero* en número de 548, para acometer á nuestra rica Antilla y arrebatarla con la fuerza de sus armas. Aquí, Señores, es donde llamo toda

vuestra atencion, para que admireis lo mucho que puede el amor patrio, cuando arde en pechos, que le presentan pábulo en abundancia.

Al anochecer del dia 41 de agosto se sabe en la capital, que por el rumbo Norte de la parte occidental de la isla se dirige un vapor sospechoso.....; á las cuatro de la mañana del 42 desembarcan los invasores en las *Playitas* al Oeste de Bahía-Honda y á unas 28 leguas de la Habana, dirigiéndose en seguida al pueblo de las Pozas, en donde se parapetan, aprovechando las ventajas, que para ello ofrecen su situacion topográfica y la proximidad de sus casas...; y en la mañana del 43 ya el esforzado General ENNA les da uno de aquellos ataques, que mas ponderan los anales de la guerra, sin que basten á contener su fuego militar, ni el corto número de las tropas de que dispone en un principio, ni la posicion del adversario con todas sus ventajosas circunstancias. ¡Qué decision! ¡Qué actividad! ¡Qué ardor! Yo no sé, Señores, si hallaré en mi fuerzas suficientes para describirlo. Hasta las mismas trincheras se abalanzan nuestros militares, y causan en el enemigo un destrozo incalculable. Mas esto es nada al lado de lo que ejecutan, cuando replegándose por orden de su habil General, con el objeto de traer á los contrarios á campo raso, lo verifican algunos creyendo equivocadamente que era una retirada. Entonces es que nuestros soldados, volviendo de repente sobre ellos, les dan una tan terrible carga á la bayoneta, que no solo tornan á encerrarse los que no quedan muertos sobre el campo de batalla, sino que los demas se contienen, admirados y aturdidos de un valor y un denuedo, que ni conocen, ni esperaban. ¡Qué punto de vista, tan imponente y tan bello, se ofrece ahora á nuestra consideracion! Visteis como el desaliento se apodera ya del enemigo. Ved como en nuestros guerreros se acrecienta por momentos el valor y el entusiasmo. No bien descubren que el cobarde no trata ya de batirse con ellos, vuelven á lanzarse sobre los mismos parapetos, llegan á penetrar hasta en las casas que le sirven de guarida, y despliegan tanto heroísmo, que hay cazador que mata con la bayoneta á cinco piratas, luchando cuerpo á cuerpo con

ellos y sin espacio casi para manejar su fusil. En una palabra: gefes y soldados rivalizan en bravura de tal modo, que algunos de los contrarios titulados oficiales decian despues: «aquellos no eran hombres, sino leones.»

Razon tenian para decirlo, Señores. Esta accion abre el sepulcro á muchos de los invasores, y los que sobreviven á ella ya no piensan sino en buscar su salvacion por medio de la fuga, la que emprenden de noche unos por las lomas del Cuzco y otros hácia la costa para embarcarse otra vez. Dejemos á estos, cuyo final es de todos bastante notorio, supuesto que ni uno solo pudo burlar la vigilancia de nuestros perspicaces marinos. Sigamos á aquellos, que marchando siempre por montes y barrancos, sin otro camino que estrechas sendas y despeñaderos profundos, dan á nuestros militares la mas brillante ocasion, para que el mundo entero pueda observar el heroismo, de que es capaz un español, en cuyo pecho arde la hermosa llama del amor patrio. No se arredran no, por la escabrosidad del terreno; antes venciendo dificultades y trepando por lugares, que para otros menos valientes hubieran sido del todo inaccesibles, una guerrilla de cazadores y con ella el Exmo. Sr. General ENNA alcanza una cima desde donde puede hostigar al enemigo, mientras que segun el plan formado por S. E. la columna del Coronel Morales que ya se le ha unido, la del Brigadier Rosales llegada el dia 44 por mar, y otra que ya se considera muy próxima al mando del Coronel Elizalde que desde Pinar del rio acude á marchas forzadas, se van distribuyendo de manera que no quede salida al enemigo. Pero ¡ah! Este apercibe toda la magnitud del peligro, y haciendo los mas apurados esfuerzos para tomar el único punto de huida que le resta, arroja unos cuantos disparos á la desfilada, que tienen la triste suerte de herir mortalmente al esforzado General. ¡Que desgracia!.... A tanta fortuna, Señores, deben el no quedar exterminados en aquel momento. Mas si este fatal accidente retarda por necesidad las operaciones y ofrece algunas horas de ventaja á los enemigos, horas las mas valiosas por las condiciones de la localidad, esto no hace mas que prolongar por algunos dias su existencia, la

que encuentra su fin en el sitio de la Candelaria y loma del Rosario, á la fuerza desplegada por las antedichas columnas, que con una intrepidez poco conocida, y á pesar del horroroso temporal de viento y agua que reina entonces, cargan sobre ellos á la bayoneta, les ocasionan crecido número de muertos y heridos, los ponen en precipitada fuga, dispersándose en seguida por aquellos bosques impenetrables é inmediatos precipicios, sin dejarse ver ya mas como gavilla.

Decidme, Señores: sin rebajar en lo mas mínimo la gloria inmarcescible á que se hicieron justamente acreedores cuantos tomaron parte en la guerra de la independencia; sin disminuir en un ápice el honor indisputable, que se adquirió el ejército español en la última expedición contra Joló; sin escatimar en manera alguna la bien sentada reputación, que ha tenido siempre la marina española; al considerar no mas la sencilla insinuación que acabo de hacer del esclarecidísimo hecho de armas, que ha tenido lugar en la isla de Cuba, ¿no debemos decir que el espíritu de nacionalidad brilló aquí tan puro y altivo como en los campos de la península en la famosa guerra contra el capitán del siglo; que los intrépidos asaltantes de Joló tuvieron dignos hermanos en las Pozas como en la Candelaria y el Rosario; y que los buques y tropas de la armada bajo el mando del distinguido General Bustillos se han mostrado dignos de su nombre? ¿No es una verdad radiante, que con nosotros reconocerán todas las venideras generaciones, que el Ilustre General y demas que pelearon con denuedo y sucumbieron con gloria en la isla de Cuba, cuando las memorables jornadas del mes de agosto de 1851, son acreedores á toda nuestra gratitud, porque en ellos tenemos que admirar lo que puede el mas acrisolado patriotismo?

Pues y si consideramos las particulares circunstancias, que acompañan á esta sentida muerte, ¿no hallaremos un nuevo título incontestable á este mismo agradecimiento? ¡Ah carísimos compatriotas míos! Todos somos españoles como lo eran las víctimas; y ¿hay por ventura por lo mismo un solo español, que pueda contemplar con ojos enjutos el sacrificio de

sus hermanos, hecho en aras del bien comun, que es decir por todos y cada uno de nosotros? Dulce y decoroso es morir por la Patria. Esto lo reconocieron ya hasta los mismos gentiles. Pero ¿deja por ventura de ser sobremanera sensible para la Patria misma la inmolacion de sus queridos hijos, siendo provocada contra toda ley, contra todo derecho, contra toda justicia? ¿Y no es esto cabalmente lo que ha sucedido en Cuba? ¿Cómo pues podremos rehusar el mas fino afecto á los que con su honroso comportamiento tanto bien nos depararan? No: la sangre de 130 muertos y 200 heridos, á que ascienden las perdidas sufridas por el ejército español en esa invasion inaudita, que profanó aquel suelo clásico de fidelidad, clama demasiado alto para que no sea un poderoso estímulo, que nos escite al reconocimiento. Y mas, que en ella está embuelta la de algunos Gefes denodados, y para colmo de infortunio está tambien la del bravo y valeroso ENNA. ¡Qué perdida tan sensible, carísimos! Para tener que confesar que es tan dolorosa como irreparable, no se necesita mas que atender al modo como se condujo en sus últimos momentos el que siempre fué un cumplido modelo de nobleza, generosidad y valentia. Dicho está, que derrotados los invasores en las Pozas, y cuando acosados por todas partes veian ya proximo su exterminio, una bala alevosa, que en su despecho embiaran á tiempo que huían despavoridos, atropelló su existencia. ¿Pensareis acaso que se advirtiera en él ni el mas mínimo asomo de turbacion? No; no es la turbacion para un hombre como ENNA, que aunque jóven de 47 años tiene ya la experiencia del mas consumado veterano; no es la turbacion para un militar como ENNA, que desde su mocedad está acostumbrado al manejo de las armas y sabe los peligros que llevan consigo; no es la turbacion para un Gefe como ENNA, que atento siempre á la voz del deber, ha desembainado su espada do quiera que este se lo ha exigido, obteniendo todos sus ascensos y condecoraciones sobre el campo de batalla; no es la turbacion para un General como ENNA, que tiene bien probado su esfuerzo en tantas acciones de guerra á que ha asistido, debiéndose tomar en el sentido literal el número de cuarenta y una de que llevo hecho mérito, añadiendo ahora

que no es esta la vez primera que siente el maligno efecto del plomo mortífero, habiendo en otra ocasion recibido un balazo, como lo presenciaron los campos de Baroja; no es, en fin, la turbacion para el caudillo de las tropas destinadas contra los invasores de Cuba, que aunque nacido de padres distinguidos en la pequeña villa de Loarre, provincia de Huesca, en el reino de Aragon, ha sabido llegar á la cumbre de la gloria, testigos la honrosa cruz de bronce á pocos concedida, otras condecoraciones de mayor brillo, como la gran Cruz de Carlos III y los eminentes empleos de Mariscal de Campo y Teniente General de los ejércitos nacionales, en premio de sus heroicos servicios al frente del brillante regimiento de la Princesa y de las comandancias generales de las provincias de Cáceres, Gerona, Tarragona y campo de Gibraltar. No tiene por consiguiente que anhelar nuevos honores y distinciones; no puede temer la muerte, sabiendo que cuando esta se presenta en los campos de Marte, y alcanza á algunos de sus hijos peleando contra los enemigos de la Patria, no es sino para coronar sus sienes con el laurel, y ofrecerlos con este blason y este trofeo á los respetos y admiracion de toda la posteridad.

Vedlo, Señores, por vosotros mismos, tomando en consideracion sus palabras, que revelan la grandeza de su alma. Con voz muy natural me dijo, refiere uno que estaba á su lado cuando su desgracia: «me han herido; no diga V. nada; póngase delante de mí, para que mi caballo siga al de V. y lléveme á la casa mas inmediata». Yo no sé, Señores, que deba admirar mas, si su serenidad como la declara el contexto, si su pericia como la manifiesta el secreto que encarga, si su táctica fina propia de los consumados militares. Lo cierto es, que estas palabras revelan una grande alma, que sabe sobreponerse á todos los peligros. Y cuenta, que no es que en ello tuviera la menor parte un genio adusto, al cual acompaña á las veces la insensibilidad. No: era dulce y afable, dicen á una voz todos los que tuvieron la dicha de tratarle en Palma, era benéfico y caritativo, era caballeroso y modelo de la mas fina urbanidad. Brillante prueba dió en tan crítica situacion,

encargando la reserva para su consorte. «No lo digais á mi esposa.....» ¡Oh alma tierna y apasionada! cuan claramente manifiestas que la mayor ternura y el mas puro amor puede albergarse muy bien en un pecho valiente y ardoroso! «No lo digais á mi esposa.....» Pero ¡oh Dios mio! ¿Y como ocultarse, si vos le habeis introducido ya en el camino que conduce directamente á la eternidad?... Señores, ENNA no lo ignoraba; lo habia dicho en el momento de recibir el golpe fatal; sus palabras fueron tan terminantes como que preguntado donde estaba herido, contestó: «en el vientre y la herida me parece mortal». Sin embargo, el que tanto valor ostenta en este lastimero conflicto, el que no conoce el miedo ni aun en este trance el mas duro, el que en tan apurada ocasion sostiene la operacion dolorosa de la extraccion de la bala, sin emitir un ¡ay!, sin hacer la menor demostracion de sufrimiento, al recuerdo de lo mucho que su desgracia ha de afectar á su cara consorte, se desanima, y solo puede reponerse á la idea, que se refleja en estas palabras: «No lo digais á mi esposa...» No lo extrañeis, carísimos. Este proceder es honroso hasta lo sumo. Es lo que ha sucedido siempre. La historia acusa altamente que los hombres, que mas se han distinguido por su fortaleza de ánimo, su intrepidez y valor nunca desmentido, han sido por lo general muy sensibles á las afecciones de familia, á los males y aflicciones que aquejan á la humanidad. Diré mas todavía. Es lo que infaliblemente habia de suceder, por la razon del todo concluyente, de que en un corazon muy grande ocupa un lugar muy ancho la sensibilidad y la compasion. ENNA le tenia; ved ahí pues porque tan sensible se muestra al dolor ageno. Pero ¿que digo ageno? Poco mas de un año hace ahora, que el imperterrito General daba su mano á la noble Señorita de Pastors, jóven, agraciada, sumamente amable, con un conjunto de prendas sobremanera recomendables. ¿Podia no mirar como propio y personal su sentimiento?

Prepárate pues, oh esposa infortunada, para recibir una infausta nueva, que te sumirá en un mar de afliccion y amargura. Tú viste marchar á tu caro esposo al combate, con aquel brioso ademan y erguido continente, que comunican la juven-

tud, el ardor guerrero y el vivo deseo de servir á la Patria; tú le viste partir con aquella serenidad, que caracteriza á los héroes; tú..... mas ¿que es lo que estoy haciendo? No quiero contribuir á que te sea mas sensible el dolor marcando la viveza del contraste. Lo diré sencillamente. Vas á recibir á tu esposo..... exanime. ¡Oh dolor! ¡Si á lo menos hubieras podido oír sus últimas palabras! ¡Si á lo menos recogieras su último aliento! ¡Oh Dios clemente! ¿Cómo habeis podido permitir tanto infortunio? Mas no; no nos quejemos de la conducta, que ha observado el Señor. Esta misma negacion es un lenitivo para tu desgracia. ¿Cómo hubieras podido sobrellevar el peso de amargura, que precisamente habian de derramar sobre tu alma sensible los últimos acentos del moribundo: «no siento el morir sino el no haber podido consumir la obra»? ¿Era posible evitar el completo abandono de los sentidos al eco de unas palabras, que tan de lleno revelan el valor inestimable de la prenda que ibas á perder? ¿Qué otra cosa es sino decir: no amo la vida, toda vez que me la exija el bien de mi Patria, pero todavia tiene enemigos que la acechan, y esto me roba el sosiego, que en otro caso experimentaria? Ved, Señores, si no es este el sentido de la expresion: «no siento el morir sino el no haber podido consumir la obra». ¡Oh palabras dignas de ser grabadas con letras de oro sobre el marmol y el bronce por lo mucho que en ellas se ostenta el honor nacional!

¡Que miserable y raquítica se manifiesta á su lado la exclamacion del gefe de la expedicion pirática en el último momento de su solemne expiacion: «á Dios mi querida Cuba!»! ¡Ah! No tal cual es ella, española por derechos indisputables de conquista, desde que cual magnífica herencia el inmortal Genovés la legara á Castilla á últimos del siglo XV; española por principios, por hábitos, por idioma, por la mas decidida voluntad, por los vínculos mas estrechos de católica Religion; española, en fin, por la mancomunidad de intereses, identidad de sentimientos, mutualidad de afectos, que asisten á sus moradores, y la unen estrechamente con los que viven en el regaso de la madre Patria, á mas de las íntimas

relaciones de parentesco, que entre unos y otros intervienen. No, no tienen esta significacion las palabras del que hasta tal punto desconoció los deberes de español y aun de hombre pundonoroso. Dejando aparte la rectitud que tendrían sus intenciones en aquel crítico momento, en que el hombre piensa de distinta manera, fijos ya sus pies en los porticos de la eternidad, el sentido que arroja la expresion, atendidos los funestos precedentes, no es otro que el siguiente: «á Dios mi querida Cuba» tal como yo me la habia figurado en mis ensueños, presa de mi astucia y rapacidad, capaz por los muchos elementos de riqueza que encierra de contentar mi desatinado egoismo, y esto aunque fuera llenándola antes de sangre, luto y desolacion. ¡Ah José Antonio Castañeda! y como has sabido adquirirte un renombre inmortal! ¡Ah valientes y esforzados cubanos, compañeros de Castañeda en su heroica empresa y en su patriotismo! como habeis sabido merecer bien de todos y cada uno de los españoles! ¡Ah..... Pero ¿y á donde voy Señores? Perdonad si he enardecido todavía mas vuestro pecho con la digresion, que acabo de hacer. No era este mi intento. A ella me ha conducido el interés de oponer unas palabras á otras palabras, á fin de que resaltaran mas y mas la gloria y heroismo, que encierran las de nuestro atleta: «no siento el morir sino el no haber podido consumir la obra». Ellas solas bastan para eternizar la memoria del valiente ENNA.

Pero vete en paz, oh martir esclarecido de la Patria; vete á ocupar el puesto que Dios te destina entre los principales de su pueblo; y vete con la conciencia tranquila. La obra consumada está. Unos dias pasarán no mas, y los pocos y miserables restos de la expedicion malhadada, que merced á tu brazo formidable corren azorados y dispersos sin poder asomarse á parte alguna, en manos estarán de los tuyos en virtud de la oportuna declaracion del Exmo. Sr. Capitan General, que les ofrecerá cuartel en nombre de la Reina nuestra Señora. Y tú, esposa angustiada, resignate á beber este caliz amargo; el Señor ha exigido este sacrificio de la España; toda ella lo contempla con dolor; y este dolor, despues de lo

mucho que puedes esperar de la asistencia divina, contribuirá notablemente á mitigar tu pena y sentimiento. Muy justo es, que la que participa hasta tan subido punto de la desgracia, participe tambien de la gloria que mediante ella se adquiere. Lo reconocerá asi, no lo dudes, la Reina Isabel y su alto Gobierno, concediéndote la banda de la Real Orden de Damas nobles de María Luisa, y dándote una muestra especial y perpetua de real munificencia, sobre la viudedad de Capitan General de ejército, á que tienes derecho. Lo reconocerán asi todos los españoles, honrando siempre en tu persona al benemérito y valiente Heroe, que ha sellado con su sangre su amor á la madre Patria. En fin, lo reconoceremos asi todos nosotros, derramando una lágrima sobre su tumba, lágrima que irá abriendo un surco en nuestro corazon, que delineará los caracteres que se necesitan, para que en él quede escrito eternamente: La Exma. Sra. D.^a Narcisa de Pastors comparte con su esposo el título que adquirió á nuestra gratitud, librándonos á costa de su vida de la espantosa calamidad que nos amenazaba.

He llegado ya, Señores, á la última parte de mi discurso, en que prometí manifestaros, que nosotros somos los que con mayor ventaja reportamos el fruto del triunfo, que los valientes nos ganaron á costa de su misma vida. Confieso que el tiempo se ha deslizado con mas velocidad de lo que esperaba, y que sería por lo mismo abusar de vuestra generosa condescendencia, no procurar todo lo posible la mayor concision y laconismo. No hay duda que el asunto se brinda á variadas consideraciones, todas por cierto muy atendibles; pero en cambio no son estas de tal naturaleza, que no se desprendan espontaneamente hasta para el mas mediano talento; y si algunas ocupan un rango mas eminente, es muy seguro que no se escapan á vuestra delicada penetracion. ¿Que hubiera sido de Mallorca, si España hubiera perdido la mas rica de sus Antillas? Me horrorizo solo al pensarlo, Señores. Amante como el que mas de mi pais y de todo lo que puede contribuir á su prosperidad y esplendor, la triste perspectiva que presenta á mi imaginacion destituido de los recursos, que desde algun

tiempo le proporciona la Habana, produce en mi espíritu una sensación tan poco favorable, que sin que esté en mi mano impedirlo, se estrecha el corazón, y creo que lo propio sucederá á todos los que me estais escuchando. Si en los siglos anteriores hubiera tenido lugar un hecho tan desgraciado, Mallorca hubiera participado de la calamidad como el resto de la Metropoli, por la sencilla razon de que lo que afecta al todo afecta á cada una de sus partes. Pero en el siglo actual, y principalmente en la época en que nos hallamos, el mal nos hubiera alcanzado en mayor escala; ni remotamente hubiera guardado proporcion con el que alcanzara á las demas provincias. Volved la vista á lo que eramos hace medio siglo, fijadla seguidamente á lo que somos en la actualidad, el globo de luz, que derramará esta comparacion, os hará ver palpablemente toda la eficacia de la razon, en que fundo el aserto. Entonces el comercio era para nosotros muy poco conocido; nuestra navegacion estaba reducida á muy limitada esfera; eran escasas nuestras exportaciones y se experimentaban las necesidades consiguientes á la falta de importacion; la agricultura se mantenía estacionaria, si es que no se resentía de una decadencia gradual; y la productora industria parecia condenada á una infancia perpetua. ¿Que es lo que hubo de por medio, que nos fué levantando poco á poco del abyecto grado de postracion, en que por largos años viviéramos sumidos? No otra cosa, Señores, sino que despertando de nuestro profundo letargo, hicimos un esfuerzo para entablar, aumentar y estrechar las relaciones con nuestros hermanos de Ultramar; esfuerzo, que fué tan feliz en fecundos resultados para la isla, que al través de algunas docenas de años, todo cambió de aspecto. El comercio se desarrolló entre nosotros de una manera muy notable; la navegacion entró en una nueva y mas extendida esfera; se facilitó la salida á nuestros productos, abasteciéndonos de lo que nos hacia falta la importacion; la agricultura se ha ido aumentando conocidamente; y la industria, hallando en todo esto un especial fomento, se ha propagado admirablemente, tendiendo siempre á su adelanto y perfeccion. De aqui data, si no se quiere llamar la felicidad, el desahogo á lo menos que estamos experimentando.

Esto, Señores, nada tiene de extraño, puesto que es un problema generalmente admitido y favorablemente resuelto á los ojos de la ciencia y de la historia, que la prosperidad y la gloria de los países está en razon directa de sus fuerzas navales y de su marina mercantil. La navegacion y el comercio son el vehiculo del esplendor y engrandecimiento de un estado. ¿Quien no sabe lo mucho, que les debieron los fenicios y los cartagineses? ¿Quien no sabe, que la navegacion proporcionó á Alejandro el conocimiento y conquista del Oriente, que sin ella nunca Roma se hubiera llamado señora del mundo, y que ella sola hubiera podido detener ó retardar la ruina de su imperio? ¿Quien no sabe, que dividido este en trozos por los bárbaros del Norte, y desterradas de él con la libertad las artes y la industria, el comercio reconcentrado en la capital del imperio de Oriente, y la navegacion casi reducida á las costas del Mediterráneo, dejaron de contribuir por algunos siglos á la ilustracion y al consuelo de los pueblos de Europa? ¿Quien no sabe, que los griegos fueron ultimamente los depositarios de los conocimientos, que siempre han dirigido el espíritu mercantil, y que habiéndolos recibido de ellos los italianos, las ciudades de Venecia, Génova, Pisa y Florencia repitieron al mundo el ejemplo, que antes le habian dado Sidon, Tiro y Cartago, y le enseñaron que solo siguiendo este camino puede abrigar un estado la esperanza de su prosperidad? ¿Quien no sabe, que España no quedó rezagada en este sentido, pues que en el reinado de Fernando é Isabel, arrojados los moros de Granada, unidos los continentes de Aragon y Castilla en un solo gobierno, y abiertos en el nuevo mundo una muchedumbre de rumbos y de estímulos á la navegacion y al comercio, empezaron á ser estas profesiones el principal objeto de la industria de los españoles? ¿Quien no sabe, en fin, y es lo que en un todo favorece al intento, que si en la memorada época Mallorca no acompañó á España en la nueva senda de la prosperidad y de la dicha, antes en un sentido inverso continuó recorriendo la pendiente fatal de su gradual abatimiento, fué precisamente porque merced á un sin número de malhadadas circunstancias, que se prolongaron por dos

siglos, vió paulatinamente desaparecer su navegacion y su comercio, quedándola tan solo el recuerdo de lo que habia sido, de lo que era á mediados del siglo XIV, en que trecientas sesenta naves mayores, de las cuales treinta y tres eran de tres puentes, salian de nuestro puerto á difundir por todas partes las producciones de su suelo y los tejidos y artefactos de sus naturales; en que el comercio de Berberia aun no conocido por los venecianos se hallaba esclusivamente en manos de nuestros isleños; en que treinta mil seiscientos marinos ocupaban la parroquia de santa Cruz y el largo arrabal que unia los muros de la ciudad con las torres de Portopí; en que Palma era rival en movimiento y pujanza de los emporios mas florecientes? Lo que hay que extrañar es como tardaron tanto los mallorquines á aprovecharse de las lecciones instructivas, que tan de bulto se presentan en todas las historias. Mas respetemos, Señores, las causas que pudieron entrar en juego para retardarles el momento que ellos desearan con ardor. Llegó felizmente para nosotros, y llegó con tan agradables auspicios, que solo de la matricula de Palma son mas de cuarenta los buques, que hacen el tráfico constantemente á la Habana, cuando á últimos del siglo anterior ni uno solo se halla continuado en el libro de registro. ¿Puede darse un motivo mas poderoso para asegurar y concluir que el Ilte. General y demas que recientemente pelearon con denuedo y sucumbieron con gloria en la isla de Cuba, son acreedores á toda nuestra gratitud, no solo porque en ellos tenemos que admirar lo que puede el mas acrisolado patriotismo, y porque su circunstanciada muerte es digna de ser llorada por el verdadero español, sino tambien porque nosotros somos los que con mayor ventaja reportamos el fruto de su triunfo, que nos ganaron á costa de su misma vida?

Celebremos pues con las mas cordiales demostraciones de afectuoso placer la bondad de nuestro Dios, que tan generoso se ha manifestado con nosotros. Felicitemos á las autoridades y á los individuos todos de la milicia, que en Cuba sobrevivieron á su propio triunfo, y que con sus sobradas pruebas de valor ostentaron á los ojos del mundo entero toda la nobleza

y heroismo, de que son susceptibles los españoles. Demos el mas cumplido parabien á los habitantes todos de la siempre fiel y desde ahora siempre *leal* Isla de Cuba, que tantos y tan incontestables argumentos nos han dado de lo mucho que está arraigado en su corazon el amor á la madre Patria. Pero sobre todo, Señores, lleven toda nuestra atencion las víctimas preciosas, que con su sangre han salvado nuestra integridad nacional, y que por lo mismo tanto derecho tienen á nuestra gratitud y á nuestro interés, para que Dios les otorgue descanso eterno. No olvidemos, que entre ellas descuella el campeon y caudillo, á cuyo favor militan motivos especiales y para nosotros muy respetables. Roguemos por todos ellos. Y si tememos que nuestras oraciones sean poco eficaces á la presencia de Dios, anímese nuestro espíritu, que nos hallamos en un templo en el cual recibe continuo homenaje la Purísima Virgen María bajo el augusto titulo de su Inmaculada Concepcion, que es cabalmente el mismo, bajo el cual es la Patrona de España. En calidad de tal debemos pensar que se interesará eficazmente, y ya se sabe que el Señor nada desecha á su santísima Madre. Hacedlo pues, oh Virgen Purísima. Y vos, oh Dios mio, recibid nuestra plegaria de manos de la Señora. Sus almas descausen en paz. *Animæ eorum requiescant in pace.*
Amen.



